

EIII

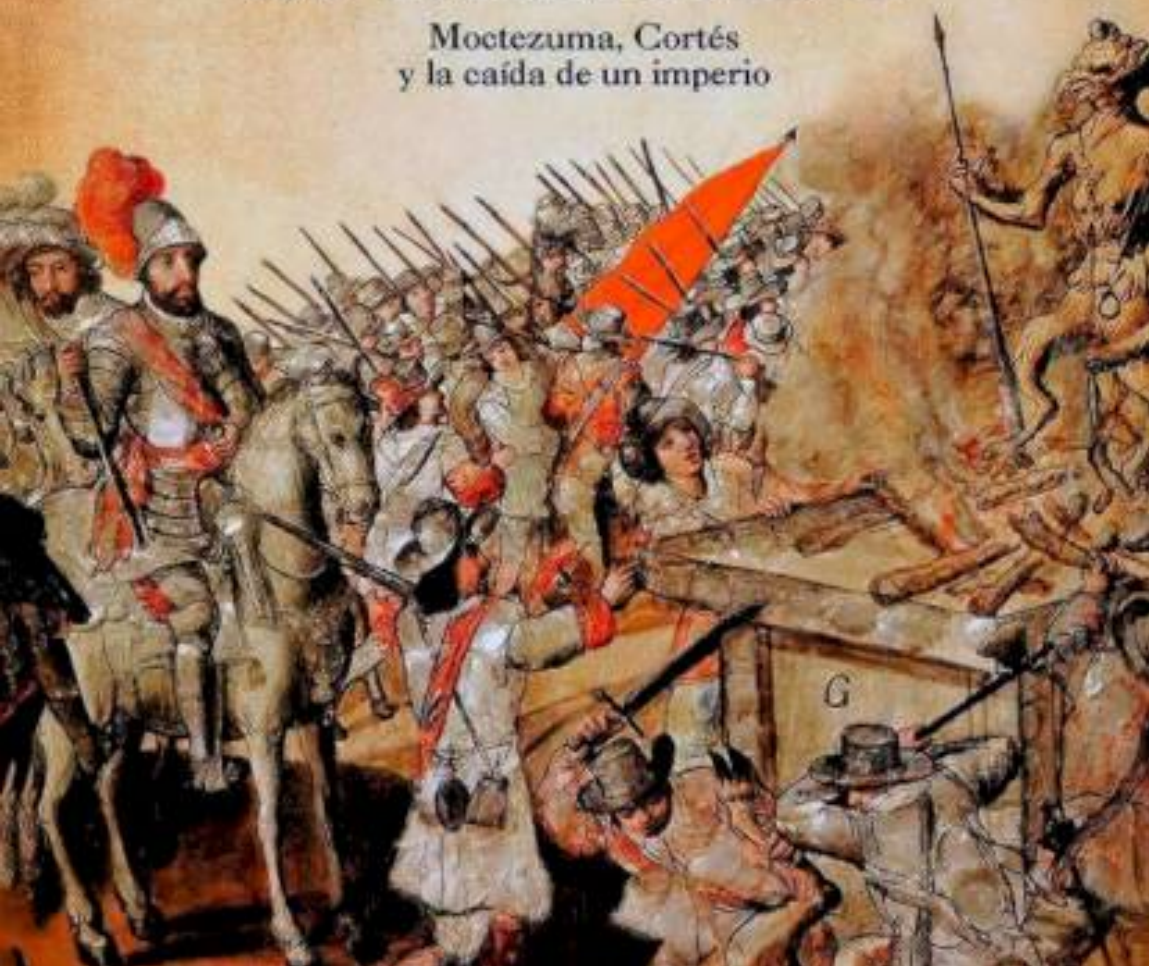
EDICIÓN V CENTENARIO

Prólogo de Enrique Krauze

HUGH THOMAS

La CONQUISTA *de* MÉXICO

Moctezuma, Cortés
y la caída de un imperio



En 1519, la armada de Hernán Cortés, con quinientos infantes y once buques, zarpó de Cuba desoyendo órdenes directas con la intención manifiesta de llegar al corazón del mayor imperio del Nuevo Mundo. Cuando finalmente se adentraron en Tenochtitlán, fueron recibidos con honores por Moctezuma y su pueblo, quienes les reverenciaron como si de dioses se trataran. No obstante, el posterior secuestro y destitución de Moctezuma, así como la destrucción de la capital, convierten la conquista de México en uno de los episodios más cautivadores y trágicos de la historia del mundo.

«Una obra suprema y hasta ahora insuperada de conocimiento histórico. Un libro para todas las épocas.» Del prólogo de Enrique Krauze.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La conquista de México](#)

[Prólogo a esta edición, por Enrique Krauze](#)

[Prefacio](#)

[Notas generales](#)

[Nota sobre la traducción](#)

[I. El México antiguo](#)

[1. Concierto y orden](#)

[2. De blancas espadañas es México mansión](#)

[3. Estoy doliente, mi corazón desolado](#)

[4. No por amor sino por temor](#)

[II. La España del Siglo de Oro](#)

[5. Empiezan los años dorados](#)

[6. El papa deviera estar borracho](#)

[7. Otras tierras en el mundo no se habían descubierto mejores](#)

[8. Lo que se vio es tan gran cosa](#)

[9. Un gran señor, como si naciera en brocados](#)

[10. Sudores, hambres y duros trabajos](#)

[III. Saber los secretos de la tierra](#)

[11. Un gentil corsario](#)

[12. La ventaja de los cavallos i tiros de artillería](#)

[13. Donde se dice haber llevado Salomón el oro para el Templo](#)

[14. Una cabeza como de dragón de oro a cambio de una copa de vidrio de Florencia](#)

[15. Recibiéronle con trompetas](#)

[16. ¿Si la iria yo á ganare?](#)

[17. No habían de dejar ninguno de nosotros a vida](#)

[18. Esa su crueldad restableció el orden](#)

[19. Otro nuevo mundo de grandes poblaciones y torres](#)

IV. Cortés y Moctezuma

20. La imagen de Quetzalcóatl

21. Las abejas y las arañas hacen obras de arte

22. A algo nos hemos de poner por Dios

V. Los planes de Cortés arruinados

23. El Rey, nuestro señor, más Rey que otro

24. Voz muy vagorosa e entonada, como que salía de bóveda

25. De cortar las orejas al dicho don Hernando

26. La sangre de los guerreros cual si fuera agua corría

27. Cual canto vinisteis a la vida, Moctezuma

28. La fortuna vuelve de presto su rueda

VI. La recuperación española

29. Sólo quiere mi corazón la muerte de obsidiana

30. Fue conveniente hazerse el dicho castigo

31. Mi principal motivo e intención para librar esta guerra

32. Todos eran señores

VII. La batalla de Tenochtitlan

33. Acordaos del valeroso corazón y ánimo

34. Una gran cosecha de cautivos

35. Los perros tan rabiosos

VIII. Y después...

36. Nos dejaron huérfanos

37. Los cantos y voces apenas cesaban

38. La cláusula del testamento de Adán que excluye a Francia

39. Un rey absoluto

Epílogo

Glosario

Náhuatl

Español

Apéndices

Apéndice I La población del antiguo México

Apéndice II Resumen del tributo de Moctezuma

[Apéndice III Calendarios mexicanos](#)

[Apéndice IV La moneda española - c. 1520](#)

[Apéndice V Las damas de Cortés](#)

[Genealogías](#)

[Los emperadores de México y los reyes de Texcoco\(genealogía probable](#)

[Las Familias Real Española e Imperial](#)

[La entrada de Cortés en la nobleza](#)

[Cortés y sus parientes](#)

[La transformación de la Familia Real mexicana](#)

[Documentos inéditos](#)

[1. Martín Cortés, padre de Hernán, en Medellín](#)

[2. El abuelo de Cortés, Diego Alfon Altamirano](#)

[3. Viaje de Cortés a América en 1506](#)

[4. Carta de Cortés desde México, 6 de julio de 1519.](#)

[5. La concesión de poder de Moctezuma, 1529](#)

[6. Nuevos testimonios sobre la muerte de Catalina](#)

[7. Arte y lealtad de Cortés](#)

[8. Los castigos de Diego Velázquez](#)

[9. Testimonio sobre Ponce de León](#)

[Fuentes](#)

[MATERIAL MEXICANO](#)

[MATERIAL ESPAÑOL](#)

[I. Manuscritos](#)

[II. Principales documentos publicados](#)

[III. Memorias, cartas, relatos contemporáneos](#)

[IV. Testigos](#)

[Ilustraciones](#)

[Abreviaturas](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

Esta obra está dedicada con
mi gratitud a todos mis amigos
en Sevilla y México.

Prólogo a esta edición, por Enrique Krauze

A fines de los años ochenta recorrí con Hugh Thomas las estrechas veredas acuáticas de Xochimilco, minúscula Venecia mexicana, único vestigio de Tenochtitlan, la ciudad lacustre que Hernán Cortés conquistó el 13 de agosto de 1521. Nos acompañaba la hija de Hugh, Isabella, presumiblemente llamada así en recuerdo de la reina española. Íbamos en una pequeña embarcación de madera, de esas que en México llamamos «trajineras». Cada trajinera tiene un nombre de mujer dibujado en flores como un retablo que enmarca su proa. Avanzábamos lentamente contemplando el vuelo de las garzas entre las chinampas, manchones de tierra firme donde los lugareños plantan legumbres y flores. Hugh observaba en silencio, como transportado en el tiempo. Iba, como siempre, impecablemente vestido de traje, esta vez de lino claro, con su inconfundible pañuelo de seda (y unos excéntricos calcetines rojos). De pronto, otras trajineras se cruzaron en nuestro camino. Nos contagió el regocijo de las familias que circulaban sobre aquellas casas flotantes, fiestas en el lago con música de mariachis, mole, tortillas y tequilas. Tengo para mí que fue entonces, navegando sobre los canales de Xochimilco, ensoñando con la era de los mexicas, cuando concibió la idea de escribir *La conquista de México*.

Le encantaban los grandes desafíos. Para entonces había escrito al menos dos historias monumentales referidas

al orbe hispano: *La Guerra Civil española y Cuba: la lucha por la libertad*. Clásicas del género y el tema, las caracteriza la solidez y profusión documental y el equilibrio del juicio. Necesitó de ambas virtudes para despejar esa selva de ideas e ideologías encontradas que fue la guerra civil española. Su mayor aporte —inmensamente educativo para el público español, que sigue leyendo la obra— fue mostrar que la historia no es blanca ni negra. Por lo que hace a Cuba, el día que los cubanos puedan leer con libertad, la obra de Thomas —cuya consulta en la Biblioteca Nacional de Cuba requiere permiso oficial— introducirá una sana perspectiva de esa historia tan apasionante como trágica. Pero faltaba la siguiente estación. Faltaba México:

De tiempo atrás, sabía por mis lecturas y por mis visitas ocasionales que México posee una riqueza inagotable de historia, de imaginación literaria, de variedad geográfica. Pensé que si iba a escribir de nueva cuenta sobre Latinoamérica, debía escoger la más antigua, la más compleja, la más interesante de sus culturas.

Su mérito fue escoger el momento más interesante y más complejo de esa cultura, «ver» la oportunidad de abordar el «drama memorable» —como lo había calificado William Prescott— de la conquista de México.

Su aventura intelectual como historiador del mundo hispánico no era muy distinta a la que ciento cincuenta años atrás había seguido aquel gran hispanista del siglo XIX al escribir su *Historia de la conquista de México*. Víctima de una penosa enfermedad de los ojos, Prescott sólo viajó por las tierras mexicanas a través de libros, documentos y todos los medios visuales a su alcance. Su interlocutor principal fue Lucas Alamán, él mismo gran historiador y custodio del legado material y espiritual del conquistador. Otra colaboradora invaluable fue la esposa del embajador de España en México, Frances Erskine Inglis, marquesa de Calderón

de la Barca, célebre autora de *La vida en México* (1843), cuya publicación impulsaría Prescott. A ella le envió un daguerrotipo para obtener placas con los paisajes mexicanos.

También Thomas hizo grandes amigos en México. «Quien sólo conoce España no conoce España», solía repetir. Hacía tiempo que había abandonado el romanticismo ideológico de su juventud, pero conservaba el romanticismo del viajero fascinado por personas y culturas distintas, remotas. Cuando trabajaba en su investigación sobre la conquista, se hospedaba en el centro de la ciudad de México, recorría las antiguas calles y edificios coloniales, frecuentaba los sitios de verbena y los comedores populares. Supe de sus riesgosas exploraciones en la plaza Garibaldi (donde abundan los cuchillos y las balaceras), me enteré de sus comilonas en las humildísimas loncherías del centro histórico y sus caminatas por la Alameda, el viejo paseo del siglo XVI. Prefería llegar a una estación de autobuses de México como la Central del Norte que a Victoria Station en Londres: «*it is a very pleasing experience*».

¿Cómo calibrar el valor del libro clásico de Hugh Thomas? Desde la aparición del libro, procedí a leerlo y a escribir sobre él, en paralelo con el de Prescott. Ambas obras son producto de su tiempo y sensibilidad. *Sub specie aeternitatis*, la de Prescott ha quedado como un gran monumento literario. La de Hugh Thomas, en cambio, ha resistido y seguramente resistirá la prueba del tiempo. Escrita con brío narrativo y sobria elegancia literaria, es una obra suprema y hasta ahora insuperada de conocimiento histórico. Un libro para todas las épocas.

* * *

Lucas Alamán admiraba la «abundancia de noticias» en el libro de Prescott. La obra, en efecto, descansaba en fuentes mexicanas, hispanas y generales. Entre las primeras sobresalían cuando menos cuatro códigos (recogidos en

Antiquities of Mexico de lord Kingsborough), varios documentos y manuscritos que editaría en 1856 otro amigo y corresponsal de Prescott (el bibliógrafo Joaquín García Icazbalceta), obras de autores de alto linaje indígena que no vivieron la conquista (Alva Ixtlilxóchitl, Alvarado Tezozómoc) y hasta las ordenanzas municipales dadas por Cortés en 1524 que le proporcionó Alamán. El rubro hispánico era mucho más extenso: lo integraba buena parte de la bibliografía histórica sobre las Indias: desde las obras más conocidas, como las *Cartas de relación* de Cortés o las de los dos cronistas clásicos López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo, hasta Solís y las últimas historias generales, escritas en el siglo XVIII. Esta fundamentación determinó la naturaleza de la obra. Prescott vio la historia y la cultura prehispánicas de México a través de los ojos de los conquistadores, que aun en los casos más piadosos refractaban la visión que hacía falta para comprender el drama en toda su dimensión: la visión de los vencidos. Con todo el espíritu de comprensión y la eventual simpatía con la que trató a la «civilización azteca», Prescott no ocultaba la aversión que le producían aquellas gentes «bárbaras» (el adjetivo aparece innumerables veces en su texto). Como buen hijo de su tiempo, Prescott creía en la historia lineal y concebía a Cortés como el enviado de una civilización si no redentora, al menos superior.

Hugh Thomas podía dudar del progreso ineludible de las civilizaciones, pero hay un progreso indudable que atestigua su propia obra: el de las ciencias históricas sobre México. Gracias en parte al auge indigenista que prohió la Revolución mexicana, los avances en el conocimiento del México antiguo han sido notables. Thomas hizo un uso exhaustivo de este acervo académico, obra de investigadores mexicanos y norteamericanos, pero un rasgo distintivo en su trabajo —sobre todo frente a Prescott— es el uso de fuentes primarias para acercarse al mundo indígena. Dos ejemplos entre muchos otros, que Prescott no alcanzó a co-

nocer: el Códice Florentino, quizá la obra más rica sobre la vida cotidiana de los mexicas basada en testimonios indígenas del siglo XVI compilados por fray Bernardino de Sahagún, y la *Historia de las Indias de Nueva España*, compuesta a mediados del mismo siglo por el dominico fray Diego Durán, hombre que desde la infancia vivió en México, habló con testigos presenciales de la época anterior a la conquista y recobró con perspicacia casi moderna la torturada psicología de Moctezuma. El puntual conocimiento de las fuentes secundarias españolas permite a Thomas enriquecer su perspectiva, pero aquí también sorprende la «abundancia de noticias». De sus pesquisas en el Archivo de Indias en Sevilla, Thomas extrajo varios documentos raros e inéditos, e hizo algunos hallazgos significativos (Cortés salió de España en 1506 y no en 1504, como se suponía). Junto con las colecciones desconocidas en tiempos de Prescott (el *Códice Ramírez*, el disperso acervo de Conway, entre varias otras) destacan los extraordinarios testimonios de casi trescientos compañeros de Cortés (relaciones de méritos y servicios) desdeñados o desconocidos por Prescott, y las 6000 páginas que integran el inconcluso «juicio de residencia» que se entabló en 1529 contra el propio conquistador. Prescott desechó por farragosos algunos de estos materiales. Thomas extrae de ellos, como en una mina abandonada a la que se aplican métodos modernos, un metal histórico de altísimo valor.

A primera vista, por el índice general, las dos *Conquistas* son composiciones similares en ritmo y estructura. Ambas parten de una visión del mundo indígena, vuelven a la España expansiva y convulsa de los años posteriores a la Reconquista, enfocan a Cortés en su juventud y finalmente se concentran en su gran empresa: el desembarco en Veracruz, la marcha por mil motivos reveladora y azarosa hasta Tenochtitlan, el encuentro con Moctezuma —el «verdadero descubrimiento de América», dice Thomas—, el dominio político, casi el encantamiento que ese pequeño grupo de

hombres venidos de ultramar ejerció sobre una inmensa población hechizada, la reacción de los mexicas, el repliegue español en tierras de sus aliados indígenas, el cerco por agua a la ciudad, la guerra, la peste, el hambre, la caída y destrucción final de aquella «nueva Venecia». Ambos dedican un breve capítulo final a la vida subsecuente de Cortés hasta su muerte en Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla.

Pero, apenas avanza en las primeras páginas, el lector advierte diferencias esenciales. No es solo el tono —épico, poético, a menudo digresivo en Prescott; claro, directo, contenido en Thomas—. Es la textura narrativa que los distingue y que proviene de la diferencia abismal de información en favor de Thomas. Lo que, sin apartarse necesariamente de la verdad, Prescott recrea o evoca con los colores de su emotividad o su imaginación literaria, Thomas lo puebla de densidad informativa: un alud de hechos, personas, dichos. Hay escenas que corrigen o afinan las pinceladas románticas, muchas otras que sencillamente no están en Prescott, datos que enriquecen la versión previa y, en fin, multitud de imágenes, de minucias si se quiere, que son la clave de la eficaz recreación.

Uno de los instantes más dramáticos de la conquista ocurre cuando Cortés asciende a la pirámide de Huitzilopochtli y derriba a los dioses mexicas. Aquí Prescott adopta una postura escéptica: lo considera «improbable por quijotesco» y lo describe brevemente, sin mayor detalle. En Thomas, el episodio cobra su verdadera dimensión. Basado en el testimonio de Andrés de Tapia, descubrimos que Cortés planeó los hechos cuidadosamente, que mandó al propio Tapia para explorar el sitio, que más tarde «subió como por pasatiempo»:

y exigió a los sacerdotes que colocaran inmediatamente las imágenes de Cristo y de la Virgen y limpiaran las paredes a fin de quitar todo rastro de sangre. Los sacerdo-

tes se rieron: de hacerlo, el imperio en su totalidad, y no solo Tenochtitlan, se alzaría contra los españoles. Cortés mandó a uno de sus hombres a los aposentos de Moctezuma a fin de «tener a buen recaudo» al emperador y ordenó que entre treinta y cuarenta hombres fuesen al templo. Pero aun antes de que estos llegaran, el caudillo enojose de [las] palabras que oía, y tomó con una barra de hierro en los ídolos de pedrería; y yo prometo mi fe de gentilhomme, y juro por Dios que es verdad que [Cortés] saltaba sobrenatural y se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos de los ídolos y así les quitó las máscaras de oro con la barra diciendo «algo hemos de poner por Dios».

Después de su expulsión de Tenochtitlan, muchos de los pueblos aliados a Cortés comenzaron a desertar o a resistir a los españoles. Uno de ellos tenía su asiento en Tepeaca. A pesar de que lo ocurrido allí está en las propias *Cartas de relación* de Cortés, Prescott lo pasó por alto. En Thomas, Tepeaca es sinónimo de una batalla terrible y una secuela más atroz, si cabe, que las dos grandes matanzas perpetradas por los españoles hasta ese momento: la de Cholula, ordenada por Cortés, y la del Templo Mayor, ordenada en ausencia de Cortés por su lugarteniente Pedro de Alvarado y en la que murieron miles de nobles mexicas. Como un acto de venganza, advertencia y escarmiento, en Tepeaca los españoles y los tlaxcaltecas mataron quizá a 15 000 hombres; redujeron a la esclavitud a mujeres y niños y los herraron en las mejillas; algunos tepeaquenses fueron desgarrados a pedazos por perros (la odiosa práctica de aperrear). Los cuerpos, hay que notar, no se desecharon: fueron la materia del gran festín gastronómico de los tlaxcaltecas que Cortés alentó y que en algún caso incluyó a un comensal castellano saboreando un hígado mexicana. Uno de los grandes méritos de Thomas está en la consignación paralela de las atrocidades españolas y mexicas. Con todo,

Thomas no incurre en el relativismo cultural: sin llegar al extremo de Prescott, para quien «las viciosas instituciones de los aztecas ofrecían la mejor apología para su conquista», apunta de entrada que «el sacrificio humano en México era único por su cantidad y por el esplendor que se daba a la ceremonia que acompañaba al espectáculo, así como por su significado en la religión oficial».

Correcciones, afinamientos, descubrimientos, pero sobre todo infinidad de detalles: la raza de los perros que venían en la expedición («probablemente mastines o perros de caza irlandeses»); la genealogía precisa de decenas de conquistadores; el inventario completo de cargamento en la flota; frases memorables («Vamos, que nada nos falta», exclamó Cortés el día siguiente de su derrota); la materia del linimento que utilizaban los españoles para curar sus heridas; las urgencias eróticas de Cortés, que en plena retirada «se había echado con una doña Francisca», hija del rey Cacama; los macabros procedimientos de guerra psicológica que empleaban los mexicas (cabezas asidas a un pie que cruzaban las ventanas de los españoles por las noches). En el momento crucial de la batalla de Tenochtitlan, esta textura de los hechos alcanza un efecto casi cinematográfico.

* * *

¿Cómo pudo un pequeño ejército de cientos de soldados castellanos doblegar a millones de mexicas y a su poderosa teocracia militar? Este ha sido uno de los grandes misterios de la historia. Prescott lo abordó con las concepciones históricas de su tiempo: una cultura más adelantada subyuga y, al subyugar, eleva a las «naciones bárbaras que necesariamente viven de una manera más confusa... que el hombre civilizado». Lo que es más importante, por primera vez Prescott transformó ese misterio en un drama romántico. Thomas no parte de una concepción histórica, sino de las evidencias que en su misma acumulación deshacen la

urdimbre romántica y se acercan más fielmente a la realidad. Los castellanos ganaron, en primer lugar, porque su bagaje de tecnología militar era infinitamente superior. Sus adversarios temían a los caballos, al «rayo feroz» de los arcabuces y cañones, usaban flechas y no lanzas, pero su limitación era sobre todo cultural: no conocían ni concebían la batalla larga y de desgaste, el combate a distancia, los ataques imprevistos o nocturnos y, menos aún, el cerco anfibia; no hacían la guerra para matar, sino para tomar prisioneros y ofrecerlos en sacrificio. Frente a las ballestas españolas, los mexicas jugaban «encantados». Esta minucia ritual salvó al propio Cortés de la muerte segura cuando menos en dos ocasiones. Los castellanos tenían tras de sí un repertorio de siglos: desde Troya hasta la Reconquista. En ningún aspecto fue más costoso el aislamiento histórico de los mexicas que en lo militar.

Otro elemento no menos importante fue la guerra intestina entre los señoríos indígenas. Es sabida la prontitud con que Cortés advirtió el odio contra los mexicas y la sagacidad maquiavélica con que lo aprovechó para sus planes. Con toda su amplia ventaja cultural y tecnológica, si Cortés no hubiera contado con los tlaxcaltecas, la conquista habría sido impensable. Y si Cuitláhuac y Cuauhtémoc —los últimos dos *tlatoanis* mexicas— hubieran convencido al poderoso reino tarasco de apoyarlos, la conquista habría sido imposible. Cabe imaginar que, muerto Cortés, el Imperio español hubiera atacado de nuevo, pero esta vez habría encontrado a un enemigo unido, adueñado parcialmente de la nueva tecnología (los aztecas adaptaban ya puntas de metal y obsidiana a las lanzas toledanas) y, sobre todo, acaudillado por un *tlatoani* consciente del carácter mortal y no divino de los españoles. En ese caso, la conquista se habría diferido años o decenios y probablemente habría adoptado una configuración insospechada, semejante —sugiere Thomas— a la del Japón Meiji. Un dato más que determinó el desenlace fue la epidemia de viruela: los virus